

REPUBLICA PERUANA



MENSAJE A LA NACION

MENSAJE A LA NACION DEL SEÑOR
GENERAL DE DIVISION JUAN VELAS-
CO ALVARADO, PRESIDENTE DE LA
REPUBLICA, CON MOTIVO DE LOS
INCIDENTES OCURRIDOS EN LIMA
LOS DIAS 05 Y 06 DE FEBRERO.

LIMA - PERU
1975



MENSAJE A LA NACION DEL SEÑOR GENERAL DE DIVISION JUAN VELASCO ALVARADO, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, CON MOTIVO DE LOS INCIDENTES OCURRIDOS EN LIMA LOS DIAS 05 Y 06 DE FEBRERO.

Lima, 17 de Febrero de 1975.

Conciudadanos:

Superada la crisis pasajera a que llevó la irresponsabilidad política y el anti-patriotismo de quienes no se detienen ante ningún delito para entorpecer la marcha victoriosa de la Revolución Peruana, el Gobierno de la Fuerza Armada siente la obligación de decir en este mensaje su palabra al País. Y será un mensaje político, porque es política la esencia misma del fenómeno que en días pasados alteró la tranquilidad de nuestra capital.

Problemas internos surgidos en parte del personal subalterno de la Guardia Civil en Lima, fueron utilizados por elementos anti-revolucionarios como arma de ataque contra el Gobierno de la Fuerza Armada en el vano propósito de intentar su derrocamiento. Un pequeño sector de dicho personal, a pesar de la acción persuasiva de sus superiores y del propio Ministro del Interior, asumió por error una actitud irreductible.

La transitoria ausencia de vigilancia policial en la ciudad creó las condiciones propicias para la acción organizada de dos tipos de delincuentes. De un lado, elementos que obedecen las consignas de

una conocida dirigencia claudicante y, en menor escala, de grupos extremistas de derecha e "izquierda", y, de otro lado, individuos del hampa que fueron azuzados por agitadores políticos a emprender acciones de pillaje y saqueo. Se trató, pues, de la suma de delincuencia política y de delincuencia social. Ambos grupos en la agitación y en la violencia estuvieron claramente concertados. Mientras los primeros procedieron al ataque y al incendio de instituciones públicas y locales de periódicos, los otros desataron el vandalismo en las áreas comerciales del centro de Lima.

La Fuerza Armada controló plenamente la situación en pocas horas, con un costo mínimo de vidas con relación a la magnitud de los desmanes. Los hombres del Ejército, la Fuerza Aérea y de la Marina, actuaron con admirable serenidad, confinando su acción a lo verdaderamente indispensable.

El Gobierno Revolucionario rinde tributo a la madurez y a la actitud serena de nuestro pueblo. El no participó en los desmanes, se mantuvo por entero al margen de los disturbios y condenó, responsable y patrióticamente, la acción vandálica de los enemigos de la Revolución y de la paz entre peruanos.

Sólo los que no sienten amor por el Perú, ni comprenden lo que significa vivir en una nación civilizada, tomaron parte en el bandalaje criminal que alteró la paz de Lima durante algunas horas. Son ese ínfimo grupo de lumpen político y de población enferma que por desgracia alberga toda gran ciudad. Pero quienes los dirigieron y azuzaron son los principales responsables de aquel irracional desborde de pasiones. Las investigaciones en curso permitirán determinar el grado de culpabilidad de quienes intentaron hundir en el caos y en la barbarie a la capital de nuestra Patria.

Dentro de este panorama, surgen implicados políticamente dirigentes del Partido Aprista en la medida en que muchos de los cabecillas e individuos directamente comprometidos en los desmanes pertenecen a sus filas. A esta apreciación contribuyen las recientes declaraciones del eterno líder de ese Partido a un periódico extranjero, en las cuales prácticamente se trata de exculpar a los delincuentes que desataron la violencia y el crimen, atribuyéndoles una motivación enteramente falsa que con claridad tiende a encubrir la verdadera naturaleza de los hechos.

Por vez primera me refiero directamente a los dirigentes de una agrupación política y a su líder principal. A ello me obliga la magnitud de los hechos execrables que han ensombrecido la paz y la imagen del Perú. Una Revolución por entero pacífica, ve con indignación y repugnancia cómo se enlután hogares peruanos por el odio enfermizo de quienes no saben ni pueden tolerar que se trabaje honradamente por el bien de nuestro pueblo y se lleven a cabo las acciones de justicia que ellos traicionaron con pertinacia culpable.

Esta condenación no se refiere en absoluto a los hombres y mujeres del pueblo que conforman las bases de ese partido político. Nunca hemos tenido nada contra ellos. Sabemos que siempre fueron engañados. Sabemos que siguen siendo utilizados como instrumento al servicio de la ambiciosa vanidad de su camarilla dirigente. Día llegará en que despierten del engaño y abandonen para siempre a quienes hicieron escarnio de su fe y juego burla de su esperanza.

Muy cuantiosos han sido los daños dejados por esa fugaz ola de vandalismo que avergüenza a todos los peruanos. El saqueo, el pillaje, el robo y la criminal acción incendiaria de los delincuentes po-

líticos y comunes han dejado su sombrío saldo de tragedia y la pérdida de más de dos mil millones de soles.

Las instalaciones de los diarios Correo y Ojo, asignados por la Ley de Reforma de la Prensa a los importantes sectores de profesionales, intelectuales y artistas, han sido reducidas a escombros. Más de medio millar de obreros y empleados de estos dos periódicos han perdido su centro de trabajo. Centenares de familias han quedado así en el desamparo. Los enemigos de la Revolución han querido de este modo destruir el desarrollo de una de las experiencias más ricas, aunque más difíciles, del Proceso Revolucionario. Sin embargo, Correo y Ojo volverán a salir, por decidido empeño de sus trabajadores y con el respaldo que el Gobierno les brinde, al igual que a otras empresas saqueadas e incendiadas por las turbas de maleantes que la contrarrevolución lanzó en nuestra ciudad.

El Gran Auditorio del Centro Cívico, que es propiedad del Seguro Social del Perú, y por tanto de todos los trabajadores, ha sido consumido por las llamas. Aquí los daños producidos son de varios cientos de millones de soles. Esto representa una pérdida directa para los obreros y empleados del Perú. Como en el caso anterior, las víctimas del vandalismo organizado son quienes integran sectores populares. La mano criminal de los incendiarios no ha golpeado los intereses de la oligarquía. Esas manos han golpeado intereses de obreros, de empleados, de profesionales, de artistas, de intelectuales; es decir, los intereses del pueblo mismo de nuestra Patria. El más profundo oprobio cae, pues, sobre los organizadores e instigadores de esta verdadera locura contra el Perú. Por encima de cualquiera otra consideración, surge clara y nítidamente la honda y despreciable bajeza moral de quienes en su odio enfermizo y cobarde ordenaron la comisión de esos delitos.

El Círculo Militar del Perú, que guardaba importantes obras históricas e invaluablees reliquias de la ilustre tradición del Ejército, fue también saqueado e incendiado. Aquí se ensañó el odio de nuestros adversarios. Sin devolver odio por odio, los hombres del Ejército Peruano difícilmente podremos olvidar esta salvaje afrenta a nuestra Institución. Aquel viejo local del Círculo Militar fue para nosotros en mucho, nuestro segundo hogar. En alarde de cobardía y de vileza fue pisoteado cuando estaba indefenso. Así se ha satisfecho el insano apetito de venganza, la frustración, la inacabable envidia y el oscuro despecho de esa anormalidad política que se esconde detrás de la palabra y los actos de quienes no pueden perdonar que otros hagan mucho más de lo que ellos prometieron hacer por nuestro Pueblo, tan sólo para entregarse después a la traición.

Estos tres actos de vandalismo demuestran palmariaamente la inspiración y la naturaleza políticas de los delitos cometidos. Aquí no se trató de pillaje y saqueo. Se trató puramente de destruir aquello que se consideraba símbolo de la acción del Gobierno y símbolo también de uno de los Institutos que integran la Fuerza Armada gobernante. Sobre esto no puede caber duda legítima. Y la ciudadanía debe tenerla muy presente para no errar en su juicio acerca del verdadero significado de los desmanes del día 05 de febrero.

Finalmente, los propietarios y trabajadores de numerosos centros comerciales de diverso tipo, lo han perdido todo en esa orgía de robo y saqueo. El Gobierno Revolucionario contribuirá hasta el límite de sus posibilidades a reparar los daños perpetrados. Y a este efecto acaba de dictar una Ley que hará posible la normal continuidad de las empresas y establecimientos que sufrieron en carne propia el pillaje y los incendios.

Las pérdidas de vidas también han sido numerosas. La mayoría de las víctimas se registra entre los asaltantes a tiendas y locales comerciales valerosamente defendidos por sus propietarios, algunos de los cuales murieron en defensa de su familia y de sus intereses. Otros asaltantes perdieron la vida en su enfrentamiento contra la Fuerza Armada que cumplió su deber de restablecer el orden público actuando con extremada y admirable ponderación. Sin embargo, sobre esto se ha tejido toda suerte de falsedades y rumores. En este sentido, declaro en forma enfática que es absolutamente falso que haya muerto miembro alguno de la Guardia Civil.

Debe entenderse claramente que la Fuerza Armada se vio obligada a hacer uso de sus armas. No se puede pensar sensatamente en que ante la magnitud de los desmanes hubiera sido posible otra actitud. Pero del pillaje, los incendios y las vidas perdidas son responsables quienes desataron la violencia y el crimen, no quienes los reprimieron. La ciudadanía toda del Perú, el pueblo de Lima, los propietarios y los trabajadores afectados saben muy bien que la responsabilidad de la barbarie está en aquellos enemigos de la Fuerza Armada que no vacilaron en incurrir en todos los delitos para satisfacer su odio, su venganza, su enfermiza ambición de poder.

Ahora ha retornado la normalidad total en nuestra ciudad. En ningún otro punto del País se perturbó la calma ciudadana. La indestructible unidad de nuestra Fuerza Armada ha sido la mejor garantía de la tranquilidad que reina en todo el territorio del Perú. Los enemigos de la Revolución no han logrado su objetivo. El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada ha salido airoso y más fuerte de esta prueba. En todo momento nos ha respaldado la serenidad y la madurez cívica de todo nuestro pueblo. Aquí no ha habido levantamiento popular y no

podía haberlo bajo la égida del primer Gobierno de nuestra historia que reivindica la dignidad soberana del Perú y enfrenta victoriosamente la solución de los grandes problemas de nuestro pueblo.

Es contra todo esto, contra las grandes e indiscutibles conquistas de la Revolución Peruana, que se alzó la mano criminal y apátrida de nuestros enemigos. El intento de desviar el curso pacífico del proceso revolucionario ha fracasado. Reiteramos nuestro firme propósito de conducir esta Revolución en paz y nuestro rechazo a la violencia. Reafirmamos nuestra condena a la intención de sembrar el fratricidio en el seno del pueblo peruano. Con serenidad, pero con firmeza, convencidos de la justicia de la causa revolucionaria y seguros del inmenso poder de nuestra fuerza, proseguiremos inalteradamente el rumbo de esta Revolución autónoma y peruana. En el señalamiento de responsabilidades y en el castigo de los culpables, el Gobierno Revolucionario no incurrirá ni en injusticias ni en excesos.

Si bien es cierto que no debemos minimizar la significación de esta experiencia, también es cierto que de ninguna manera ella debe ser exagerada. El Perú continuará pacíficamente su marcha como Nación que ha decidido superar para siempre los males de su ancestral atraso. Nuestras posibles diferencias deben ser siempre solucionadas en paz, tal como corresponde a un país civilizado.

El Gobierno es la mejor garantía de la tranquilidad de todos los peruanos. Son los grupos minoritarios y recalcitrantes los que estimulan el temor, los rumores, la desconfianza. Se persigue crear de manera artificial problemas que no existen. Se trata de enfrentar unos a otros a diversos sectores de nuestra población. Se busca encontrar responsabilidades colectivas y sembrar el odio entre peruanos. Y se intenta llevar al Gobierno a una política de endurecimiento innecesario contra todos aquellos que piensan de manera distinta de la nuestra.

Los peruanos concientes debemos rechazar toda la falsedad y toda la villanía de estos propósitos. El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada no será llevado a una irresponsable política de represión masiva. Nuestra función no es perseguir, sino gobernar y conducir. Y si bien nada de esto implica tolerancia con los delincuentes, será sólo sobre ellos que recaiga todo el peso de la sanción y el castigo que las leyes del Perú señalan y establecen.

Nadie piense, por tanto, que el Gobierno se cruzará de brazos. Quienes resulten responsables de haber intervenido en los delitos políticos y en los delitos comunes que hoy son investigados, recibirán castigo. Pero, asimismo, que no se piense que vamos a torcer la línea de la Revolución para convertirnos en un Gobierno perseguidor de sus opositores, por el solo hecho de ser opositores. Hay para nosotros una línea muy clara de separación entre el ejercicio del derecho a la discrepancia, y el ejercicio del no derecho a la violencia, al crimen y a la incitación al delito, que siempre castigaremos con ejemplar firmeza.

Nunca actuaremos contra la población sana del Perú. Pero combatiremos hasta el fin contra la delincuencia política y contra la violencia criminal. El robo y el pillaje no son derecho en un país civilizado. Tampoco son armas legítimas de oposición. Las grandes mayorías que nada tienen que ver con el vandalismo, continuarán manteniendo, estoy seguro, su calma, su serenidad y su confianza en el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Y continuarán desoyendo los rumores que pretenden minar su fe fundamental en el Perú.

A esas grandes mayorías hoy les decimos que el Gobierno de la Fuerza Armada continuará su curso indesviablemente. Que ninguna maniobra hará reducir la amplitud ni el alcance de nuestra política

de transformaciones al servicio de la Patria. Y que nada nos hará variar la dirección, el ritmo y las metas de nuestra Gran Revolución.

La mayor parte de los problemas surgidos en el seno de la Guardia Civil corresponde a la propia Institución que ya está resolviéndolos. Los planteamientos que corresponda atender al Gobierno están siendo estudiados con todo interés y serán resueltos de acuerdo a criterios de justicia y en la mejor forma dentro de las posibilidades del País.

Nuestra profunda unidad con esa Institución fundamental de la República, jamás será rota ni mellada. El papel de la Guardia Civil es claramente esencial para la sociedad peruana. Nuestro pueblo y nuestro Gobierno deben respeto y sienten gratitud por esta importante Institución. Ella está al servicio de todos los peruanos en el desempeño de una tarea que demanda plena abnegación y sacrificio. No debē existir dificultad alguna que no podamos superar en paz, en camaradería, en verdadera actitud fraternal. En consecuencia, de esta prueba habrá de surgir fortalecido nuestro sentimiento de unión y nuestro compromiso de servir juntos a la causa más noble del Perú, que la Revolución defiende.

Sin embargo, no pasemos por alto el relevante significado político de la condenable experiencia que acabamos de vivir. Aprovechando un problema institucional por entero alejado de las luchas políticas, grupos contra-revolucionarios han intentado atizar un brote de sedición. De lo que se trató fue desarrollar un plan subversivo destinado a derrocar al Gobierno de la Fuerza Armada. Se buscaba crear el caos y el desgobierno que hicieran posible la extensión del acto subversivo.

Elementos que obedecen a la dirigencia de un partido ya caduco, elementos de un grupo caudillista despojado del poder y también elementos de la

llamada "ultra izquierda" figuran entre los ejecutores de aquel siniestro plan que desató el robo y los incendios. Pero detrás de ellos está, sin duda alguna, la mano de los viejos grupos de privilegio y de poder nacional y extranjero que nuestra Revolución arrojó del control del Perú. Y muy probablemente está también la inspiración y el dinero de un conocido organismo de espionaje internacional.

Es la vieja conjura que todos conocemos. La conjura de la anti-patria, la conjura de quienes no quieren perder privilegios, la conjura de quienes no quieren que el Perú sea de veras una patria soberana, de justicia y de libertad; la conjura de quienes no quieren que el Perú sea de los peruanos.

No confundamos, pues, las cosas. Un Gobierno Revolucionario de inspiración humanista como el nuestro no puede caer en el error de la calificación indiscriminada que inevitablemente envuelve a inocentes y culpables. Porque la nuestra quiere ser una Revolución de la inmensa mayoría de todos los peruanos.

En este momento en que algunos lanzan llamados al odio y a la intolerancia, conservemos nuestra serenidad y nuestro sentido de justicia a fin de comprender que ella se hizo no para dividir sino para unir a los peruanos. Para unir a todos los que día a día comprenden el verdadero sentido de la obra que estamos realizando al servicio del Perú; para unir a todos aquellos que cada vez entienden con mayor lucidez las viejas mentiras del pasado; para unir a quienes día a día abandonan los lazos que los mantuvieron atados al engaño y que, descubriendo la verdad y la justicia de nuestra Revolución se suman a ella con la sinceridad de los que reconocen haber vivido en el error.

Pero la Revolución Peruana debe siempre mantenerse alerta ante el peligro que representan la acción y la palabra de quienes quieren desviarla de

su ruta, su vocación y su destino verdaderos. Quiero, por eso, reiterar que ésta es una Revolución auténticamente peruana, nacional y autónoma. Y que nada ni nadie logrará modificar su esencia y su camino. En el curso de estos años hemos realizado una tarea fundamental en dos ámbitos igualmente importantes. Uno es el de la efectiva recuperación de nuestra soberanía nacional y la realización de las grandes transformaciones socio-económicas. Y otro, el de la fundamentación teórica que nos separa clara y terminantemente de todas las posiciones políticas tradicionales que corresponden tanto al pro-capitalismo como al pro-comunismo. Siempre hemos rechazado estas dos alternativas. Y lo seguiremos haciendo, porque la verdad de nuestra Revolución no está ni en uno ni en otro de esos campos.

La Revolución Peruana no puede hacer concesiones teóricas o prácticas a esas dos posiciones incompatibles con la nuestra. Por eso siempre hemos rechazado la idea de expresar políticamente a nuestra Revolución en un partido. Esta no es una tesis mas. Es una posición fundamental de la Revolución Peruana. Pero como lo hemos señalado muchas veces, esta posición no implica rechazar la idea de una organización política en esencia distinta del partido.

Todos estamos de acuerdo en que el problema de la organización política del proceso Revolucionario resulta ser fundamental. Sin embargo, este problema no puede ser planteado ni resuelto de cualquier manera, sino dentro del respeto absoluto por los fundamentos ideopolíticos propios de esta Revolución. Ella cuenta ya con el aval de sus grandes reformas y con un amplio y coherente fundamento ideológico. Estas eran y son las condiciones necesarias para definir lo que es la militancia real en la Revolución Peruana. Porque no todos los que dicen apoyarla son sus militantes. Sólo pueden serlo

quienes abandonen cualquier otra militancia y suscriban toda la posición ideopolítica de esta Revolución. Pueden apoyarla quienes lo deseen. Pero en el claro entendido de que apoyo no significa militancia.

Agradecemos el buen deseo de quienes han iniciado esfuerzos organizativos en apoyo de nuestro proceso Revolucionario. Pero les pedimos recordar que la conducción política del proceso sólo puede radicar en el Gobierno de la Revolución. Todo esto resulta crucialmente importante para evitar el confusionismo y la desorientación. Porque, estos, justamente, son los factores que facilitan todas las formas de infiltración que de ser permitidas podrían desviar a nuestra Revolución de su claro cauce nacional y peruano.

Antes de terminar, debo, en nombre del pueblo y su Gobierno, extender una palabra de sentido pesar a los deudos de todas las víctimas de estos sucesos infaustos y dolorosos. Y también debo expresar la gratitud del Perú a los gobiernos e instituciones de numerosos países que nos han enviado su solidaridad a raíz de los últimos acontecimientos. Esto nos alienta y pone en evidencia el creciente reconocimiento de la alta significación histórica de la Revolución Peruana en naciones hermanas de América Latina y de otros continentes.

Debo, asimismo, referirme a la labor informativa de los medios de comunicación. Si bien es cierto que algunas agencias noticiosas transmitieron informaciones gruesamente inexactas, también es verdad que otras enviaron despachos fidedignos de lo que estaba ocurriendo en nuestra capital. Y a los medios de comunicación peruanos, mi sincera palabra de reconocimiento por la forma responsable y sobria en que cubrieron las noticias de esos días.

Al hacerlo así, contribuyeron a crear las condiciones favorables para la recuperación de la tranquilidad y la calma en la ciudadanía.

Al finalizar este mensaje quiero reiterar el reconocimiento del Gobierno Revolucionario al Pueblo del Perú, a su Fuerza Armada y a las Fuerzas Policiales, serenos y firmes defensores de nuestra Gran Revolución. Y quiero también reafirmar nuestro sincero llamado a la unidad de todos los peruanos en torno a los grandes ideales de esta Revolución que siempre mantendrá su inabdicable esencia de proceso creador independiente y nacional.

Esta Revolución continuará su marcha victoriosa, porque el Perú la reclama y necesita. Hay en nosotros una sentida y profunda vocación de patriotismo. No nos mueve la ambición ni el apetito de poder. Nos mueve únicamente un hondo deseo irrenunciable, el de servir a nuestra Patria. Cada día que pasa, es para nosotros un día de esfuerzo, de laboriosa entrega a este alto ideal del Perú. Es por ello que no vamos a dejar inconclusa esta gran obra de justicia.

Sentimos día a día en su esforzada construcción el propio palpitar de nuestro pueblo. Es el ancho corazón del Perú el que nos alienta y nos impulsa. Poco a poco estamos dejando para siempre atrás el pasado de esta Patria hasta ayer engañada y hñndida en la explotación y en la injusticia, en la verdadera falta de libertad para su pueblo. En esto está la esencia más radical de nuestro compromiso político y humano. Y a él hemos entregado la propia razón de nuestra vida. Qué importa que algunos no puedan o no quieran comprenderlo. Lo sienten hoy, y más lo sentirán mañana, los hombres y mujeres humildes de esta nación secularmente desgarrada por el desaliento y la pobreza, por la desesperanza y el engaño, por la miseria y la ausencia de fe.

A todo esto quiso y quiere responder nuestra Revolución. Ella representa algo nuevo en la vida del Perú. No la manchemos con la disensión y la violencia, con la perfidia y con la mezquindad. Sepamos todos situarnos a la altura de esta hora luminosa del Perú. Estamos construyendo un futuro mejor para todos los hombres y mujeres de esta tierra que es nuestra vida misma. Estamos humildemente aprendiendo a ser mejores, porque muy bien sabemos que aún quedan en nosotros vestigios y resabios de lo ominoso de nuestra herencia del pasado. Nunca hemos reclamado, por eso, ni perfección ni acierto permanente. Lo que sí reclamamos es tan solo el honesto reconocimiento de que por vez primera se empieza a construir en el Perú un destino más justo.

Convocamos por ello a lo mejor de nuestro pueblo para impulsar la obra que estamos realizando. Nadie tiene derecho a malograr este empeño esforzado del Perú. Los hombres de la Fuerza Armada y de las Fuerzas Policiales lo seguiremos defendiendo unidos en la convicción sentida y profunda de que la nuestra es una tarea de justicia. Se la debemos al Perú, a su pueblo, a este duro presente que vivimos y a ese mañana que vivirán, con más libertad y más justicia nuestros hijos, simiente de nuestra eternidad como nación americana.

Muchas gracias.

Lima, 17 de Febrero de 1975.

GRAL. DIV. JUAN VELASCO ALVARADO
Presidente de la República

CENTRO DE DOCUMENTACION

CEDEP

Fecha 29 MAR. 1993

ISIS N° _____ Base _____

SECRETARIA DE PRENSA DE LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
EMPRESA EDITORA DEL DIARIO OFICIAL "EL PERUANO"
LIMA — PERU